

A LA SALIDA TE ESPERO

Acarraos bajo una oliva, conteniendo el aliento pa' no hacer ruido, Juan "el herrero" y Antonio "caniches" esperaban que la madre alzara el vuelo para ver los colorines que había en el nio.

La mañana se les había hecho larga. En la escuela se estuvieron mandando trozos de papel mientras D. Alfonso se esforzaba porque prestaran atención a lo que decía.

- Me se un nio-, escribía Antonio.
- ¿De qué?- le contestaba Juan.
- De colorines.
- ¿Aonde?
- ¿Ah?-, escribió Antonio.
- Si me lo dices te digo el que yo me sé.
- ¡A la salida te espero!

Los mensajes tenían que pasar por la mano de Julián "mohino". Con éste último Julián se cansó y, levantándose con él en la mano, dijo:

- ¡D. Alfonso!, Antonio y Juan se están mandando papeles.
- ¡Tráemelos!-, dijo D. Alfonso.
- Y leyéndolo en alto repitió: - "¡A la salida te espero!".
- ¡Venid aquí los dos!-, dijo mientras les agarraba de los hombros de la camisa y se los llevaba hacia su mesa.
- ¡Estoy harto de repetiros que estéis atentos a la lección, que luego no os enteráis de na!... ¡Sacar la mano derecha!
- Y cogiendo su larga y flexible vara de olivo les atizó unos varazos tan secos que les ardían las manos.

Con la mano bajo el sobaco y los ojos brillantes por las lágrimas que no querían caer, se volvieron a su sitio.

Pero a pesar de eso, jugando con la suerte, de vez en cuando se lanzaban miradas y, con gestos a escondidas, seguían quedando a la salida.

Antonio llegó a su casa corriendo, con la misma cartera de material de todos los años y la tiró portal alante arrastrando.

- ¡Madre, que ya estoy aquí!-. Y según lo dijo, cogió el tiraor y salió corriendo a buscar a Juan, que ya salía de casa con el suyo.
- ¡Toniooo, ven aquí que falta poco pa comer!-. Le gritaba su madre. Pero Antonio no la oía porque ya estaba lejos.-¡Ostinas, este muchacho...! , ¡Un día le mato!-, se quedó regruñendo a la puerta de la casa, desde donde ya no le veía.

El tiraor de Antonio era mejor que el de Juan y éste se le miraba con verdadera admiración.

- ¿Quién te ha dao esas gomas?
- Me las dio anteayer tío Paco "molinero". Son de una cámara de rueda de coche y estiran mu bien.
- ¿Y ande has encontrao la piel?
- En el estercolero de cerca de las eras de Tía Jacinta.

- Toma-, le dijo Juan, dándole unos cantos, -Es que no me caben en el bolsillo. Había muchos a la puerta de en ca tío Farruco.
- Yo tengo cantos neriscos redondos de los buenos, buenos-, respondió Antonio, y, cogiendo aquellos que Juan le daba, se los metió en el bolsillo a la vez que se cayeron al suelo.
-¡Ahí va, tengo el bolsillo roto!, ¡espera, que me los meto en el otro!

Y se fueron corriendo a los olivares de la fuente.

Era pleno mediodía de un día de primavera y el calor se hacía notar. Con su tiraor, los pantalones cortos de Terrasa y las zapatillas de “La Tórtola” que sus madres les habían comprado en el pósito, se sentían fuertes y valientes; una gran amenaza para todos los bichos que quisieran salirles al encuentro.

Y allí estaban bajo la oliva, cuando la colorina alzó el vuelo. Rápidamente se dispusieron a subir al árbol cuando..., la colorina cambió de opinión y volvió al nido, quizás alertada por los ruidos.

-¡Ca'!, si no se va pronto nos vamos a tener que ir; mi madre ya tenía la comida y se nos hace tarde pa ir a la escuela-, le dijo Antonio al oído.

Al momento la colorina, necesitada de salir del nido, volvió a alzar el vuelo y los dos muchachos se abalanzaron sobre el tronco del árbol.

-Primero subo yo-, dijo Antonio.

-Hay otra rama buena, ¡también me puedo subir yo!

-No, quédate ahí y veo los que hay.

-¡Un poco más adelante!- decía Juan desde abajo, -¡Un poco más arriba!.

Y encaramao en lo alto, a más de media rama dijo: -¡ya casi le toco, tiene cinco!

-¿Cómo los tiene: peletes, en cañón o pa escaparse?-.
-Pa escaparse.

Con la rama cimbreante, Antonio removi6 el nido con la punta de los dedos y los colorines salieron volando a las olivas de al lado al tiempo que la rama se rompía y a caballo en ella, Antonio cayó al suelo.

-¿Qué te ha pasao?- le preguntó Juan mientras corría detrás de los colorines de oliva en oliva.

Antonio, frotándose el tobillo, le dijo:

-¡Van más pa esa otra!

Y cojo, siguió a Juan corriendo detrás de los pájaros. Sabían que si les cansaban los cazarían.

En el suelo Juan cazó a uno. Antonio se volvió a subir a otra oliva pa espantar a tres más que había allí y a la carrera los cogieron. Cuatro. Les quedaba uno.

-Le voy a tirar un canto pequeño- dijo Antonio. Y disparó.

-¡Qué puntería!

Y Juan corrió a coger al pajarillo.

- Tienes sangre en la camisa-, le dijo Juan mientras con los ojos le señalaba el codo.

- ¡Verás mi madre!

Y Antonio y Juan se sentaron a ponerse los calcetines que se habían quitao para que no se les clavasen los pinchos y sus madres no supieran que habían estao a pájaros.

-¿Aonde están mis calcetines?

-¿Los has perdido? -, le preguntó Juan. -Y mira, ties las rodillas toas desollás.

-Bueno, vámonos.

Corriendo con menos ímpetu que a la ida y Antonio cojeando, se volvían hacia sus casas por el camino más largo.

- ¡Una camisa de culebra!, y parece de ahora! Antonio se detuvo a mirar alrededor por si encontraban la culebra.-¡Vamos al pozo de tía Pepa, a lo mejor está allí!.

Rodearon despacio el pozo, cual furtivos, para no alertar a la posible culebra, pero... no encontraron nada. Ya se venían cuando vieron, encima de una piedra, un enorme lagarto que, cerraba y abría los ojos disfrutando del sol.

-¡Antonio, no te muevas, mira un lagarto, vamos a tirarle!

Con la habilidad propia de los ocho años, lanzaron piedra tras piedra con el tiraor hasta que el lagarto, panzarriba, se rindió, en contra de su voluntad, moviendo fuertemente la cola.

Antonio buscó una piedra afilada y Juan le cortó la cabeza en la misma piedra sobre la que momentos antes se soleaba ufano. El guarda del coto les daba un duro por la cabeza de una culebra y tres pesetas por la del lagarto, por eso los perseguían con interés. Con lo que sacaban se iban al cine los domingos en ca' tío Juan Pascual, y si les daba, se compraban cacahuets y una gaseosa.

Estaban cerca del portalillo de Juan cuando vieron a Julián "mohino".

-¡Eh, chivato, que cantas más que un colorín, te vas a enterar!

Y metiéndose las manos en el bolsillo y eligiendo las peores piedras, se pusieron a tirarle cantazos. Las piedras cortaban el aire y le silbaban en los oídos. El muchacho desapareció como tragao por la tierra, por el callejón de las eras.

-¿Qué miras?- preguntó Juan.

-Mira allí, hay gurriatos en la eliquetilla-. Y Antonio calzó el tiraor.

-¡A ver si la rompes!,... ¡qué tino!

Dos gurriatos se trajeron a casa sin romper la eliquetilla, más los cinco colorines y la cabeza del lagarto. Se sentían orgullosos de sus trofeos. No les cabían ya más cosas ni en las manos ni en los bolsillos.

-¿Oyes eso?, es una Chinchina. Toma, tú te llevas los pájaros, para que tu madre nos los haga fritos y yo el lagarto y se lo llevo a tío Poli el guarda.

Y Antonio, con su cabeza de lagarto en la mano, caminó rapidito y cojeando hacia su casa.

Cuando entró por la puerta, su madre le estaba esperando con los brazos en jarras.

-¡Pero daónde vienes, si paeces un espantajo!, ¿y estas heridas?, pero ¿aónde están los calcetines?... ¡Yo un día no se lo que hago contigo, es que no se lo que hago contigo!...

Y cogiendo un cubo la emprendió a cubazos con el muchacho hasta que lo atrinconó en el pozo del corral...

-¡Menos mal que el cubo era de plástico!-, pensó Antonio mientras se tapaba la cabeza con los brazos, porque menos ese, todos los demás eran de latón.

-¡Te vas a enterar esta tarde cuando venga tu padre!

En cuanto Antonio se pudo escabullir escondió la cabeza del lagarto en un tiesto.

Antes de entrar en la escuela, Antonio se pasó por la casa del guarda a darle la cabeza del lagarto y el buen hombre, que dormitaba en camiseta de tirantes, salió y sonriéndole, le tentó el pelo y le entregó las tres pesetas de entre lo suelto que guardaba pa estos casos.

-¡Ay ste Antonio, cuánto le gusta el campo! ¡De mayor será un buen cazaor, estoy seguro!-, pensaba.

De vuelta a la escuela, D. Alfonso les puso una frase en la pizarra que tenían que escribir en su pizarrín con una tiza. Todos se pusieron afanosos a la tarea. Antonio acabó el segundo y se lo llevó al maestro para que lo viera.

-¡Mal!, repítelo-, le dijo al primero.

-¡Mal!, repítelo-, le dijo a él.

-¡Ca!-, y se alejó a su sitio mientras borraba el pizarrín con la manga de la camisa.

Mientras repetía la frase, una revalba se colocó en la ventana que daba a su sitio.

-¡Espera a que salga, que te vas a enterar!-, la decía por lo bajito.

La miraba. Se miraban. Ponía la mano en el cristal para asustarla, pero el pájaro parecía estar burlándose de él.

-¡Antonio, eres el último!-, imprecó el maestro.

Antonio miró a su alrededor y todos habían terminado menos él. De pronto se dio cuenta de lo que le dolía la mano y por miedo a que se repitiera el hecho, acabó la frase antes de que el maestro terminara de pedírsela.

-¡Vamos al patio antes de salir pa jugar un rato al tenis!-, dijo D. Alfonso.

-¡Una, dos y tres...a escapar y a correr!-, gritó uno de los chicos; y salieron todos volando al patio entre codazos, empujones y trompiezos.

Una vez en el patio, D. Alfonso, gritando pa hacerse oír, dijo:

- Eligen Justino y Ramón.

Se hizo silencio. Cada uno de los elegidos iba nombrando al que le parecía que era el mejor. Terminada la selección, cogieron sus raquetas caseras y poniendo dos estacas en los extremos del patio y una cuerda de lao a lao que simulaba ser una red, los dos equipos de cinco o seis muchachos cada uno se dispusieron a jugar un partido, para ellos en toda regla. Se metieron tanto en el papel que los que ganaron tiraron el símil de raqueta contra el suelo y saltando levantaron los brazos mientras gritaban: -¡Hemos ganao, hemos ganao, hemos ganao! No ocurrió lo mismo con los perdedores, que acusando y reprochando se marcharon mohínos.

Al salir de la escuela Antonio le preguntó a Juan:

-¿Aonde está el nio que tú te sabías?

-En las encinas de la Colá - respondió- ¿Vamos ahora?

-No se si voy a poder ir hoy-, le contestó Antonio.

-¿Por qué?

-Porque creo que mi madre me ha castigao.

-Habéis perdió el partido, ¡y eso que érais los mejores!

-La culpa la ha tenió Ramón que ma empujao y no he podio hacer un mate.

-Y Rober y Pinilla que ni han visto venir las pelotas.- apostilló Juan.- Bueno, qué; ¿vamos o qué?

-Si puedo luego voy a llamarte.

-Vale, adiós.

-Hasta luego.

Caminando despacio, cojeando ligeramente y dando patadas a todo lo que se le ponía en medio, Antonio llegó a su casa. Su madre estaba cosiendo los manteles en el corro con

las vecinas y en el centro, su hermano Pedro lloraba con desconsuelo metido en el castillejo.

- Pasa, pasa-, le dijo su madre.

Tiró la cartera de material, rodando como siempre, y fue a dar a los pies de su padre, que en ese momento salía de la cocina.

-¡Recoge la cartera!-, le ordenó.

Mientras Antonio recogía la cartera, su padre se colocó de pie ante él.

-¿Qué pasa?- dijo Antonio temiendo lo que se le avecinaba.

-Dime que lección llevas pa mañana.

Antonio no tenía ni idea. Su rápido pensamiento buscó una salida sin que se notara mucho.

Abrió el libro por donde el libro se quiso abrir y le dijo:

-¡Ésta!

-Pues estúdiatela, que antes de que te acuestes te la voy a preguntar; y esperó de pie hasta que Antonio se colocó frente al libro sentao en la mesa de la cocina.

Y así fue cómo Antonio se estudió la primera y única lección de su vida en la escuela de abajo.

Cuando su padre le preguntó la lección, se la dijo al pie de la letra.

-Padre, ¿me puedo ir a buscar a Juan?

El padre entre orgulloso y responsable de aplicar el castigo que la madre le había impuesto, le dijo:

-¡Estas apañao!, ¿es que no te enteras que estás castigao porque tu madre no quiere que vayas tanto a pájaros?...

Anocheecía con desgana. Ya sabía que no iba a poder ir ni a por Juan ni al nio. A Antonio le entró el desaliento; y estando dando patadas a los tamujos y a los leños de su corral, al alcance de la vista de su madre, tío Pepe , que había oído lo del castigo, se le acercó y le dijo:

-Antonio, ¿te vienes a ver un nio de perdiz que los tiene pa escaparse?

-Antonio de seguida miró a su madre y le preguntó: ¿madre, me dejas ir con tío Pepe...?.

-¿Aonde?

-A la cerca, que se sabe un nio de perdiz que los tiene pa escaparse.

La madre... sonrió cómplice, mientras, un gurriato nuevo piaba en lo alto la eliquetilla.

.